

El amor gratuito de Dios

La verdad es que, cuanto más se piensa, mejor se comprende que, en realidad, no somos capaces de creer en el amor de Dios: de ese Dios que es padre/madre sin límites de egoísmo ni restricción de trauma o de necesidad propia. No somos capaces de creerlo, porque nuestra experiencia no nos ofrece ejemplos suficientes: nuestro inconsciente está demasiado cargado de culpabilidad, nuestra conducta es demasiado agresiva y nuestras relaciones comportan demasiado egoísmo. De modo casi inevitable, trasladamos todo eso a Dios. No nos cabe literalmente, ni en la cabeza ni en el corazón, que su amor sea tan limpio, tan inusitadamente generoso. En cuanto bajamos la guardia, estamos transformando a Dios en amo exigente, en legislador apremiante, en juez justiciero: en todo, menos en el padre/madre que nos ama con un amor sin precio ni condiciones.

Precisamos mucho tiempo para ir alcanzando un mínimo convencimiento de que, si Dios es amor, eso quiere decir que todo su ser consiste en amarnos; que, por así decirlo, no sabe, ni quiere, ni puede hacer otra cosa. Que si, por ejemplo, Dios crea el mundo, tal creación no tiene ni puede tener otra finalidad que la de ponerse amorosamente a nuestro servicio para darnos el ser y hacernos posible participar en su felicidad. Repitémoslo: no hemos sido creados para dar gloria a Dios, sino que nosotros mismos somos su gloria: *“la gloria de Dios es el hombre vivo”*, decía ya san Ireneo, en frase que afortunadamente se está haciendo popular. Dios no necesita nada. Él sólo da y únicamente quiere dar, y no pide nada a cambio. Todo tan enorme y gratuito que, insisto, somos incapaces de creerlo.

Permitidme contar algo que me pasó con mi madre (ahora que está muerta, que descansa en el Señor, puedo contarle tranquilamente; y acaso muchas personas se reconozcan en esta experiencia). Un día, no recuerdo ya con qué motivo, se me ocurrió darle las gracias. Le resultó tan inesperado, quedó tan sorprendida, que se echó a llorar, quejándose de cómo le decía eso a ella, y que no volviese a repetirlo. Para ella era tan natural hacer todo lo que podía por mí, por su hijo, que le parecía una ofensa que yo le diese las gracias. La entrega era lo normal, lo que ni siquiera se advierte: su ser de madre consistía en querer a sus hijos, en darles todo y dárselos toda.

Naturalmente, no recuerdo esto para gloriarme de mi madre, ni para decir que fuese más perfecta que las demás. Es más bien para indicar cómo incluso en nuestra experiencia humana aparecen rasgos que, como chispazos súbitos, nos permiten presentir lo que puede ser ese amor incomprensible, ese amor increíble de Dios.

Pero nuestra imaginación está tan poblada de monstruos, y nuestros hábitos mentales tan llenos de imágenes que nos impiden verlo y nos lo deforman continuamente. Tenemos que servir a Dios, tenemos que cumplir con Dios, tenemos la obligación de ir a misa, de guardar los mandamientos... Todo como si Dios estuviese allá, poderoso, impositivo, exigente... y nosotros, aquí, sometidos y expectantes, a la espera del premio o con miedo al castigo. Verdaderamente, estamos siempre haciendo a Dios a nuestra imagen y semejanza. Y, como somos pequeños, como ponemos precio a todo, relacionándonos en el pago y el intercambio, no nos atrevemos a imaginarnos a Dios de otra manera. No nos atrevemos a creer vitalmente, visceralmente, que Él es padre gratuito, madre entregada, y nos empeñamos en hacerlo juez justiciero.

Menos mal que Dios se niega siempre, con la invencible terquedad del amor, a entrar en el papel que nos empeñamos en asignarle. Me gusta aclararlo con la parábola del padre bueno y del hijo pródigo:

El hijo de la parábola ofende gravemente a su padre hiriéndolo en lo más íntimo: no quiere tener ya nada con él, le pide la herencia y se marcha de casa. Vive de mala manera y lo malgasta todo, hasta que llega un momento en que la miseria y el abandono le llevan a caer en la cuenta de que ha obrado mal.

Entonces recapacita: comprende lo que ha perdido y el dolor que ha causado. Se arrepiente y decide volver a su casa. Pero ahora, cargado de culpabilidad, en su imaginación el padre se ha convertido en juez: *“Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”* (Lc 15,18-19). He ahí el mecanismo de la proyección culpable: Dios se nos aparece a nuestra imagen y semejanza, tal como actuaríamos nosotros, pidiendo cuentas, castigando, vengándose.

Afortunadamente, Dios, igual que el padre de la parábola, no acepta el rol que compulsivamente le atribuimos. Él nunca ha dejado de ser padre y se niega en redondo a ser juez. Sigue siendo el de antes: el padre que sufre por la desgracia de su hijo y lo espera cada tarde; que no piensa en la herida propia, sino en el daño que el hijo se está infligiendo a sí mismo. Él nunca lo ha condenado, ni ha dejado de amarlo un solo momento. Por eso, cuando llega, el padre no se pone a reprenderlo, ni siquiera le “confiesa” o le interroga: ¿qué has hecho? Y, desde luego, no le impone una penitencia, no pone precio al perdón. Simplemente, se alegra, le sale al encuentro, lo abraza y hace fiesta. El hermano, naturalmente, no lo comprende.

Igual que los fariseos no podían entender la actitud de Jesús con los pecadores. Igual, repito, que tampoco nosotros podemos comprender el amor y el perdón de Dios. Nos resulta demasiado grande y demasiado gratuito. Rompe demasiado nuestros esquemas. Y, sin embargo, no hay nada más coherente con todo movimiento profundo de la revelación bíblica de Dios. Esa revelación a cuya irradiación debemos exponernos, venciendo la resistencia a dejarnos convencer por ella.

En realidad, y bien mirado, el progreso en la vida cristiana no está en otra cosa: consiste en ir aprendiendo a creer en el amor de Dios, a fiarse de su perdón, a dejarse transformar por esa certeza salvadora.

A. Torres Queiruga
El Dios de Jesús
Sal Terrae, 1991